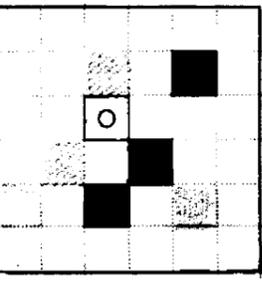
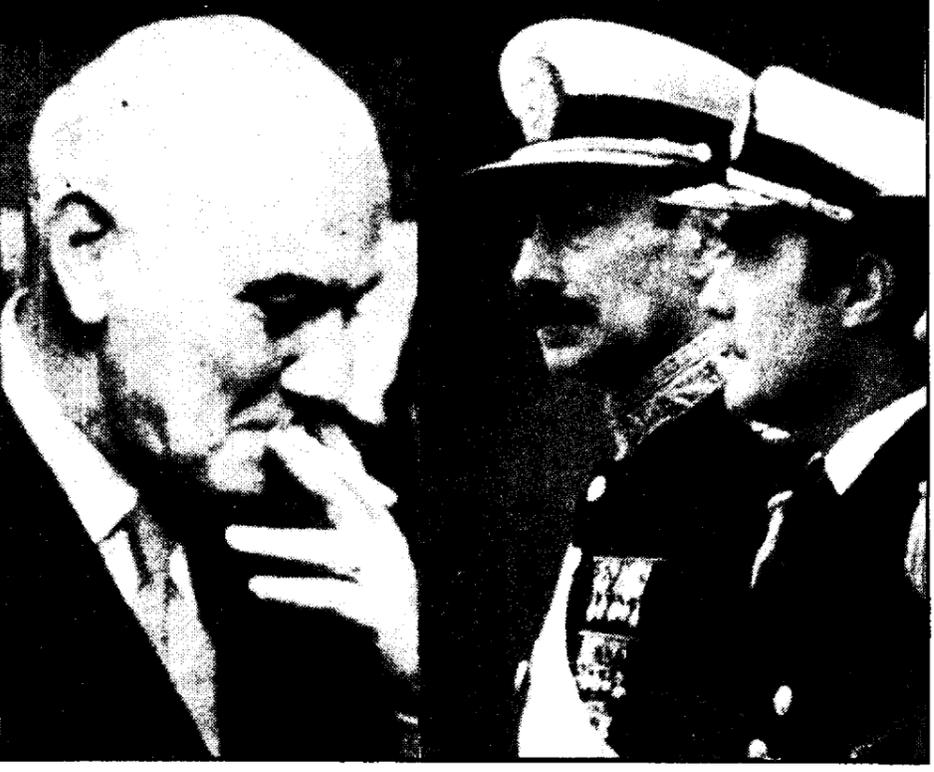


la literatura de los verdugos (lanusse y massera)



Lanusse, Videla y Massera



el plan político de la dictadura argentina sigue envuelto en la incertidumbre, aunque pueden caber pocas dudas de que cualquiera sea éste, su intención fundamental será la de "asegurar la continuidad del proceso", esto es, pasar de la dictadura terrorista prolongada a una forma atenuada de dictadura (la "democracia viable") que continúe la misma política sobre la base de la poscripción de las masas. La elaboración de la propuesta política de la dictadura parece estar empantanada, o ser de elaboración muy penosa, probablemente por la creciente falta de coherencia que aqueja al Aparato del Terror. Pero parece haber coincidencia en que "el próximo Presidente será un militar". Ya hay dos candidatos visibles para el cargo: el general y ex dictador (1971-73) Alejandro Lanusse; y el almirante Emilio Massera, ex miembro de la Junta Militar que derrocó a Isabel Perón en 1976. Ambos han publicado libros; el primero sus memorias (*Mi testimonio*, Editorial Las-serre, Buenos Aires, 1977); el segundo una colección de sus discursos (*El camino a la democracia*, El Cid Editor, Buenos Aires, 1979). Estos ejercicios literarios, poco comunes, por cierto, entre los hombres de armas, permiten armar un retrato de los candidatos.

Lanusse: el más grande general

Son poco frecuentes, casi únicos en el ámbito latinoamericano, los casos de altos dirigentes políticos que escriben sus memorias. Los mecanismos del poder pueden ser desentrañados a veces por historiadores y politólogos, pero sin la colaboración y generalmente contra el silencio hostil de los protagonistas más importantes. Por ello el caso de Lanusse es excepcional y su libro merece atención.

El libro de Lanusse se centra en la autojustificación. No nos cuenta cosas que hubiéramos querido saber: el proceso de su formación ideológica, y cómo justifica su participación en todos los golpes de Estado en que intervino desde 1951 en adelante. El libro se abre con el "Cordobazo" (1) y describe la situación cada vez más comprometida de las Fuerzas Armadas y sus crecientes contradicciones; cómo los mandos superiores se dan cuenta de que han dado el poder a un botarate con grado de teniente general (Juan Carlos Onganía), con un sentido de la realidad probablemente similar a la de María Antonieta; su reemplazo por un oscuro burócrata militar (el general Marcelo Levingston) y las confusas e inciertas maniobras de éste, hasta que finalmente es arrojado por Lanusse, hasta entonces comandante en jefe del Ejército. Luego, la elaboración de su plan político y su ejecución hasta las elecciones de 1973 y la entrega del poder a Héctor Cámpora.

El testimonio de Lanusse es importante, porque desde el punto de vista de una derecha lúcida confirma básicamente las apreciaciones de la izquierda sobre el periodo 1969-1973. Admite que, como consecuencia de la resistencia obrera y popular, las Fuerzas Armadas estaban en una situación comprometida, sin reservas. Dice Lanusse: "si la situación se desarrollaba en forma estática, sin la introducción de nuevos elementos, el final de nuestras reservas, de nuestras Fuerzas Armadas aferradas a un campo de combate que les era desfavorable, sería el aniquilamiento. El país en bloque estaba contra el gobierno militar o era prescindiendo, como se venía demostrando sistemáticamente (...) no emprender la retirada y proseguir moviéndose en el esquema táctico era el riesgo absolutamente cierto de ser aniquilados. La historia de complots y conspiraciones de ese tiempo demuestra hasta qué punto las Fuerzas Armadas se hubieran ido fraccionando a sí mismas, como un metal que se quiebra al secarse - al secarse en el vacío de todo contacto húmedo con la gente (...) No era militarmente aconsejable, quedar aferrados con nuestras reservas en el terreno más desfavorable" (p. 272).

Las Fuerzas Armadas, instrumento de la gran burguesía, al dar el golpe de 1966 intentaron una operación de largo alcance para recomponer totalmente el orden burgués en Argentina. Al hacerlo, ocuparon un enorme espacio político y social. Su esquema suponía una sucesión temporal de medidas de tipo económico, social y político, esto es una primera etapa de recomposición de la acumulación de capital a la que seguiría una recomposición del esquema político, probablemente según un modelo corporativo. Sin embargo, a lo largo de varios años de gobierno no solamente no consiguieron iniciar la recomposición política que ocurría desde el final del primer gobierno peronista. Al descomponerse el consenso de una fantasmal "mayoría silenciosa" que habría consentido el golpe del general Onganía, su situación se volvió comprometida ante el ascenso de las luchas populares y de la lucha armada: delante se levantaba el espectro de la fractura de las Fuerzas Armadas, las que al descomponerse abrirían las condiciones para la hegemonía proletaria. Por lo tanto, la preocupación central de Lanusse fue la liquidación del esquema a largo plazo de Onganía, que demostraba ser inviable, y el retroceso ordenado para asegurar la cohesión de los cuadros armados de la burguesía, que tomarían después el papel de reserva del orden burgués.

Las elecciones que propusieron Lanusse y su ministro del Interior Mor Roig intentaban no solamente desarmar a las vanguardias sindicales y a las organizaciones armadas, sino incluir a los partidos burgueses y reformistas, a través de una solución negociada, que no diera lugar a resultados imprevisibles; querían

un candidato único a la presidencia, que fuera aceptado por las Fuerzas Armadas (p. 278); se proponían también toda una serie de condicionamientos, tales como la exigencia de que los presos políticos no fueran amnistiados; la "independencia e inamovilidad del Poder Judicial" para evitar que fueran castigados los jueces que habían colaborado con la dictadura; exigencias sobre el futuro Ministro de Ejército, etcétera. O sea que, aun cuando se encontraban en retirada, condicionaban esa retirada a una serie de medidas que reafirmaban el control de la burocracia militar sobre los mecanismos represivos: la Junta de Comandantes se propuso "compartir las responsabilidades dentro del gobierno que surja de la voluntad popular (...) en especial a lo que hace a la seguridad externa e interna". En general, se trataba de ratificar el status de las Fuerzas Armadas como depositarias de un poder real en la sociedad, totalmente fuera del marco de las funciones legales, pero que había sido aceptado por todos los gobiernos civiles después de 1955.

Lanusse no consiguió imponer la solución política que quería y en ese aspecto reconoce su derrota: "el error (...) (fue) el abandono, gradual pero cierto, de un principio (...) las elecciones no serían del todo sino una parte de un acuerdo entre los sectores civiles y el gobierno; el gobierno constitucional sería un poder de transición" (p. 32). En efecto, el general jugó con la idea de postergar las elecciones si no lograba integrar a los partidos burgueses en su proyectado "Gran Acuerdo Nacional" (p. 304), lo que no pudo hacer porque, al poner en marcha el dispositivo electoral, había creado expectativas imprevisibles.

Lanusse logró, entonces, sus objetivos a medias. Quería un gobierno que garantizara la succión pacífica del juego de la clase obrera, que pudiera "con ese real sustento (de las mayorías) abordar la solución de problemas fundamentales como el de la subversión o el sacrificio y costo social de las soluciones económicas de fondo", y eso no lo logró. Si consiguió un gobierno populista que sirvió a la gran burguesía de carne de cañón, hasta que ésta pudo recuperar el poder en 1976 mediante un nuevo golpe.

Lanusse trata de presentarse como suma de las virtudes republicanas, pero hay un episodio que lo muestra como un tramposo de poca monta; esto es, la promoción de la candidatura del brigadier Ezequiel Martínez, su colaborador cercano, como candidato presidencial de un grupo conservador. No deja el general de exhibirse como campeón de la paz, la concordia, la unión nacional. Pero la otra cara de su paz es la intimidación masiva del pueblo por el patrullaje de las zonas céntricas de las ciudades con tropas de combate, el asesinato

de militantes revolucionarios (tal es el caso de los dieciséis guerrilleros fusilados en Trelew y del abogado Néstor Martins); la promoción de la teoría de la "conspiración internacional" contra Argentina, hoy entusiastamente propagada por Videla; la promoción del cinismo como justificación del asesinato político ("La Armada argentina no asesina, no lo hizo nunca, ni lo hará jamás", declaraba el capitán Horacio Mayorga).

Lanusse nos da la clave de que la historia tiende a repetirse. En efecto, en la medida en que el régimen de Videla se desgasta, puede encontrarse en la misma situación en que se encontraba el de Lanusse, con la diferencia de que el recambio puede resultar más difícil, tal vez imposible. El mismo Lanusse cita una declaración de Videla del 8 III. 1977: "si el gobierno militar debe ceder el poder sin un pacto nacional previo, el poder seguramente caerá en manos de la subversión" (p. 273). Pero no es el único caso: en Perú, en Brasil, en Chile, las Fuerzas Armadas han promovido golpes de Estado con la ilusión de que serían los últimos, de que esos gobiernos militares crearían las condiciones de recomposición y estabilización del orden burgués. En Perú y en Brasil se encuentran en retirada, tratando de realizar la misma operación que Lanusse realizó en Argentina. Lanusse también cita una apreciación sobre el gobierno de Morales Bermúdez: "el gobierno (de Perú) sabe que las Fuerzas Armadas sufren el desgaste de casi nueve años de gestión en el poder y las dimensiones internas en el seno de la administración pueden corroer la verticalidad castrense. El Ejército, entonces, debe retirarse a sus cuarteles - sostiene Morales Bermúdez - para restañar heridas y garantizar la obediencia".

Las conclusiones que las fuerzas revolucionarias deben sacar del discurso de Lanusse son claras, en cuanto la efectividad de la combinación de luchas obreras y acción armada para descomponer a las Fuerzas Armadas de la burguesía; su complemento es la necesidad de evitar cualquier concesión que permita la operación de recambio.

Alejandro Agustín Lanusse es el más grande de los generales argentinos de este siglo. A diferencia de José de San Martín y José María Paz, los grandes generales del siglo pasado, Lanusse no ganó ninguna batalla; su hazaña la constituye el haber dirigido una operación político-militar de retirada y evitar que la retirada terminara en desbande y aniquilación. Ahora que otro gobierno militar ha conseguido derrotar al campo del pueblo, sobre el terreno abonado por los miles de asesinatos del Aparato del Terror y la demolición de las organizaciones revolucionarias, Lanusse pretende convertirse en alternativa política, gracias a su independencia del Aparato. Las fuerzas revolu-



cionarias están derrotadas, pero no aniquiladas y su rearme ya ha comenzado.

Massera: el "Hegel" de los secuestradores

La empresa política que se persigue al publicar los discursos de Massera es "blanquear" a un hombre del Aparato. En la portada aparece una atractiva fotografía, sin duda montada por un experto de la publicidad. El Almirante irradia fuerza y simpatía. Las manchas de sangre de sus miles de víctimas han sido cuidadosamente lavadas de su cara y de su uniforme.

Las notas de un proloquista anónimo no se quedan cortas en alabanzas: el Almirante sería nada menos que "un especulador brillante sobre la Creación", es decir, sobre la naturaleza del Universo. Sería además el héroe de una batalla contra una "flota corsaria" de pesqueros rusos y búlgaros, batalla que dirigió desde una distancia de mil quinientos kilómetros y que culminó victoriosamente en pago de una multa y decomiso de pescado, a cambio de las vidas de tres pobres marineros argentinos, que se cayeron al mar.

El estilo del almirante exhibe una veta lírica digna de Agustín Lara. Ejemplos: "¿nos vamos a conformar con un país que no sea capaz de enamorarnos?", "¿cómo va a estar ausente la mujer si se trata de un nuevo nacimiento?". Tampoco se le olvidan ciertas verdades de peso: "¿Hubiéramos podido jactarnos de nuestros vinos de no tener provincias viñateras?".

Massera presenta a los militares como paradigmas de toda virtud y, además, como inocentes víctimas, representantes del "humanismo idealista" (sin duda practicado en las cámaras de tortura de la Escuela de Mecánica de la Armada), cruelmente agredidos por una conspiración internacional: "una máquina de horror fue desatando su inequidad sobre los desprevenidos e inocentes", promovida por "nihilistas, delirantes de la destrucción".

Massera añora un tiempo mítico, el de Argentina anterior a 1890 "cuando todo valía la pena", hasta que por culpa de las desmedidas ambiciones de las clases bajas y la conspiración internacional todo se echó a perder; Argentina atravesó "un momento de aguda debilidad de sus controles sociales (...) una crisis de seguridad" (p. 49); en otras palabras, una crisis de hegemonía en que las fuerzas sociales dominantes ya no pueden gobernar como antes y necesitan el uso masivo del terrorismo de Estado para mantenerse en el poder. Las ambiciones desmedidas de las clases bajas se habrían manifestado en el comportamiento de los inmigrantes. En efecto, "en los EE.UU. las segundas y terceras generaciones (de descendientes de inmigrantes) se habían orientado hacia la continuación y perfeccionamiento de la profesión del padre", mientras que en Argentina "el hijo del carpintero se hizo médico o abogado" y al país le faltó "la estructura humana necesaria para que de pequeñas industrias familiares (...) surgiera con el tiempo la gran industria" (p. 146). Lo cual es totalmente falso, no solamente porque en Estados Unidos el proceso de búsqueda de mejores oportunidades llevó a los hijos de inmigrantes a las universidades en proporciones mayores que en Argentina, sino porque fueron los go-



biernos militares, entre ellos más que ninguno la Junta en que participó Massera, quienes liquidaron y siguen liquidando en forma masiva a las pequeñas empresas.

La conspiración contra los valores del Occidente capitalista está descrita en el discurso en que el secuestrador agradeció su nombramiento como profesor honorario de la universidad argentina de El Salvador. En este discurso se quejó del "alarmante abandono de la búsqueda de la Verdad" y la consecuente pérdida de "pautas éticas", lo que ocasiona "grietas del alma" - fisuras de la ideología dominante - por donde "se filtran los ideólogos del nihilismo. ¿Quiénes son los ideólogos del nihilismo, enemigos de la Verdad? Se puede suponer que el navegante habla de los responsables de la "crisis de las seguridades" mencionados a renglón seguido: "En las postrimerías del siglo XIX Marx publica *El Capital* y cuestiona el carácter inviolable de la propiedad privada; a principios del siglo XX, el espacio sagrado del fuero íntimo es agredido por Freud en su libro *La interpretación de los sueños*; y en 1905, Einstein enuncia la *Teoría de la Relatividad* en la que queda en crisis la condición estática e inerte de la materia (?), como si hiciera falta algo más para confundir a un sistema que se protegía en la solidez inmutable de sus valores. Es entonces cuando el hombre occidental empieza a sentir el deslizamiento de sus convicciones y (...) el advenimiento de un Apocalipsis axiológico" (p. 86). No entendemos cómo el navegante olvidó el principio de incertidumbre de Heisenberg como ataque a la civilización occidental. ¿O será que Heisenberg no era judío y estamos hablando de la conspiración judeo-marxista?

Como consecuencia de las ambiciones de

ideólogos del nihilismo Marx, Freud y Einstein, "Occidente (...) intoxicado de indiferencia" se replegó sobre sí mismo y "el conjunto de la sociedad argentina fue corroído por conductas que la llevaron al borde del caos". Y agrega el filósofo-almirante: "nos formamos y desmorollamos adormecidos por el facilismo y la mediocridad, que inundó a nuestro país a partir de la última década del siglo pasado" (p. 118). La referencia temporal es significativa, ya que en esa época se formaron los primeros sindicatos y el viejo Partido Socialista. Es decir, nacen las luchas obreras en Argentina.

Finalmente, el país del sur fue "asaltado durante treinta años (desde el peronismo) por un ciclón quieto y sutil (la infiltración ideológica o la descomposición de la ideología dominante) que minó desde la familia hasta la estructura del Estado" (p. 49); así, "los explosivos pasaron a formar parte del diálogo político".

Según el filósofo de los secuestradores, el camino a la subversión transita por "una escala sensorial (...) que comienza en una concepción arbitrariamente sacralizadora del amor (...) que casi deja de ser una ceremonia privada". Traducción posible: la exaltación del erotismo conduce a la colectivización del amor, que conduce al desprecio a la propiedad privada y a la lucha revolucionaria. Pero sigamos: "la escalada sensorial (...) se prolonga en el amor promiscuo (...) (en) las drogas y la ruptura con la realidad objetiva (...) y desemboca en la muerte propia o ajena (...) la destrucción está justificada por la redención social que algunos manipuladores les han acercado para que jerarquicen con una ideología lo que es una carrera enloquecedora hacia la más exasperada exaltación de los senti-

dos" (p. 89). Traducción: cuanto más ha amor más quiero hacer la revolución, la revolución es generada por la búsqueda de "acciones fuertes". Y los secuestradores y torturadores no son destructivos, son los héroes y defensores de la Vida.

Este "Hegel" propone, al fin, la misma lista de todos los políticos conservadores. El gobierno moral y recetas de la economía liberal: rentabilidad de las empresas, abolición del proteccionismo, privatización de empresas, Estado" (p. 43). Un gobierno moral genera confianza y entonces "la política y la economía se arreglarán por añadidura" (p. 1). Olvida indicar cuál gobierno conservador moral, ya que la historia de los gobiernos conservadores en Argentina - y en todo el mundo - es el relato de sus fraudes electorales y sus escándalos financieros.

Una vez lograda la confianza, Argentina encaminaría a un destino de "grandeza" sea volveríamos a la "Argentina Potencia" Perón y López Rega. Con la ayuda de - 22 veces mencionado más referencias - a la Creación - será fundada la Nueva República, es decir, será desenterrada y reemplazada la República Conservadora de 1890. Nueva República será la salvadora de la gente, efectuará su desintoxicación. Cuidado: no es sólo Occidente el que está "intoxicado" sino que también asistimos a la decadencia de Oriente (p. 137); o sea, todo el mundo está "intoxicado" salvo la radiante Argentina de los secuestradores, fortaleza de virtud, baluarte de la Vida.

Massera tiene otras elaboraciones igualmente grandiosas para que la Patria y la Libertad se monten al caballo de la Historia universal. La primera es la versión sudamericana de la teoría de los dominós: si "cae" Argentina - esto es si Argentina se libera del yugo bárbaro - caerá Brasil y, a corto plazo, "toda Latinoamérica". Segunda teoría: "el eje de la historia se desplaza lentamente hacia el (...) de continuar el recalentamiento de la (...) no es absurdo considerar que el escenario siguiente será América Latina", en el caso Argentina deberá "cumplir un papel protagonista en los hipotéticos hechos" (p. 1). Massera piensa en los mismos términos que el general Onganía hace diez o quince años y eso no está sólo: toda la cúpula militar comparte su delirio: que haya carne de cañón argentina para la supervivencia del capitalismo en el mundo.

El secuestrador habla mucho de la Verdad, objeto de la Filosofía. Esperamos que algún día tenga ocasión de exponer su verdad, verdad de sus acciones políticas, ante un tribunal que le otorgue todas las garantías. Y nos referimos solamente a los miles de militantes sindicales y políticos asesinados por la maldad bajo su mando, sino a la increíble maldad moral e intelectual de este pensamiento.

Que tamaño "mensaje", matizado de folclorismo, de lugares comunes, trivialidades y limitadas trate de venderse como literatura política, constituye un testimonio del trato de demolición de la vida intelectual por el fascismo. El *aparatchik* no tendrá nunca otra vez que el Aparato pueda darle, y el Aparato está dando señales cada vez mayores de parálisis y falta de coherencia.